

SAN DÍGITO



Lidia Amejko

Trad. Sílvia Aymerich-Lemos

Le solían llamar el « freaky de los números » y se reían de él porque no hacía más que contar a todas horas, de día y de noche.

Al principio llevaba una vida normal, como cualquier otro chico del barrio: por la mañana, nada más despertar, se hacía un solo de flauta, se bebía un vaso de agua, se zampaba una tostada, encendía la radio, se sentaba y...como no tenía nada más que hacer...enceraba de nuevo el instrumento.

Después, en cuanto sentía un gusanillo en el estómago, daba vuelta y vuelta en la sartén a las patatas del día anterior. Luego, ponía la televisión y, si la presentadora estaba macizorra, empezaba a pelarse el plátano allí mismo (y eso que un día –¡Jo, qué vergüenza!– el soldadito se puso firme ante un informador de los debates del senado, y no tuvo más remedio que...

La vida de Dígito transcurría así, sin más sobresaltos.

Hasta que un día, ya no tuvo ganas de nada: ni de comer, ni de...

Y se quedó sentado como un pasmadote, con los ojos clavados en el suelo.

De pronto, le pareció ver algo: como una mota de polvo, como un pequeño punto luminoso. Agachó la cabeza, entornó los ojos para enfocar mejor por entre la minúscula hendidura de los párpados y lo que vio le dejó deslumbrado. Todo él se estremeció y quedó petrificado. Y es que el freaky de los números había visto lo imposible de ver.

¡Había visto la NADA!

La nada se le había revelado como en un relámpago.

La nada que constituía su vida.

Al ver aquel cero abalanzándose sobre él, el freaky de los números se ofuscó, los nervios empezaron a flaquearle. Se disponía ya a ordeñar de nuevo el lagarto cuando una idea, formulada por una Voz cavernosa, le vino a la mente. No podía creérselo: « Una idea, ¿yo? »

Lo cierto es que no se trataba de una idea suya, sino la voz del Ángel Metatrón.

— ¡La nada está adherida a la eternidad, como las patatas quemadas a tu sartén!— declaró el Ángel.

—¿Y... ? —masculló Freaky.

— Pues que por mucho que restriegues, no conseguirás desenganchar la nada, que es tu vida, de la eternidad. Reflexiona sobre eso, amigo mío.

I la voz calló. Por siempre jamás.

El Freaky continuaba sentado, con la mirada fija en el cero infinitamente pequeño que aparecía en el suelo. Habría querido empezar una nueva vida, cambiar de hábitos, como todo el mundo, ¡vaya!

Pero no sabía por dónde empezar.

Entonces dijo para sus adentros: UNO.

Como no podía ser de otra manera, dado que es el número que va justo tras del cero.

En el acto, Freaky se sintió diferente, era para él como empezar de nuevo. Y, al fin y al cabo ¡era mejor que nada!

La unidad aquella, que anunciaba el advenimiento de una Vida Nueva, fuera de toda pluralidad, era ¡única, indivisible y irreducible!

— ¡Jopé!— se sorprendió el freaky de los números— ¡Este atisbo de nada se está lanzando a la creación de un mundo!

El chico se creció y balbuceó: “DOS”.

Y sintió que alguna cosa se separaba de la unidad, como una díada que estuviera erigiéndose lentamente ante él. Un escalofrío de pavor, pero también de alegría, le recorrió el espinazo. Estaba ya a un tris de trabajarse de nuevo el willy, cuando constató que aquel DOS no tenía punto medio. Ciertamente es que tenía principio y fin, pero en el centro no había nada en absoluto.

Entonces el freaky balbuceó: “TRES”.

La cifra TRES le pareció el eco de un misterio tan inmenso que le dio vértigo. Tenía un inicio, un medio y un final: ¡era una entidad perfecta! Entonces el freaky enmudeció (con los nervios a flor de piel tuvo un repentino deseo de hacer lo que acostumbraba, pero ante el ser absoluto, no se atrevió a echar otro cinco a uno). Su vida digital se habría acabado de buen seguro en aquel mismo instante, si no hubiera gritado: “¡CUATRO!”

En el acto, recuperó el equilibrio perfecto.

Porque CUATRO era el equilibrio mismo : los cuatro elementos, las cuatro estaciones dividiendo el tiempo, los cuatro vientos, los cuatro ríos del Paraíso y las cuatro partes del mundo. Al freaky le dio un ataque de risa al pensar que este mundo se sostenía sólidamente por cuatro patas ¡como las de una mesa cualquiera!

Y se quedó riendo a carcajada limpia hasta que pronunció el número « CINCO ».

Dígito aterrizó entonces en medio de un bodorrio, donde el DUO correspondiente, como si de un par de melones se tratara, se unía a un viril TRIO. Curiosamente, el número CINCO, hizo que se le pasaran las neuras onánicas de golpe y porrazo (la cuales, conviene recordar dicho sea de paso, vuelven más sordo que una tapia)

El resto siguió de forma natural, como quien no quiere la cosa.

El freaky empezó entonces a mascullar las cifras unas tras otras sin parar de día y de noche. No quería otra vida que no fuera la vida numérica, aquella que le presentaba, uno tras otro, nuevos mundos de una profundidad incesantemente incrementada. ¡Y aquel universo era infinito!

Cuando llegó al número 746352910946372892084521900346, éste se lo llevó hasta la otra orilla como si de una balsa se tratara. Desde entonces, prosigue con su enumeración a lo pies del Altísimo, gozando de una vida eterna (en dígitos) por los siglos de los siglos.

Amén.